—¿cómo no?— y acaso porque le quiero tanto no quiero encontrarle atenuantes a su desgracia porque creo que la culpa es solo suya. Es como si pretendiera disculpar al criminal o al que se lanza inconscientemente al vicio. El Teatro es culpable de la indiferencia que goza actualmente. Ha ido sumiéndose poco a poco en un letargo voluntario que ni las mismas trompetas de Jericó podrían despertar.

Esta indiferencia ha llegado por tres razones importantes: el dinero, el dinero y el dinero.

El primer tema de la culpa del dinero es sencillamente el que piensa sacar el empresario. El empresario es un señor que ha de vivir de sus riquezas y de sus negocios, como vive todo el mundo, y quiere sacar el máximo provecho de sus inversiones. Sin moverse de casa le han ido proponiendo beneficios mayores dedicando sus locales al cinematógrafo y lo ha hecho así, perdiéndose los pocos teatros que teníamos en las capitales.

El segundo tema del dinero es el que piensan sacar los autores de sus obras. No quieren un triunfo pequeño y un beneficio que esté a la altura del éxito. Los autores actuales quieren hacerse famosos en la primera obra y ahí está, posiblemente, el fracaso de muchos, y la ruina del Teatro.

En España ha sido muy completo el cambio que han dado los autores a sus obras. Casi todos menosprecian «hacer» teatro como se hacía antes cuando los autores eran un poco comediantes y si convenía se ponían a interpretar el papel como un actor más, autores que miraban al teatro desde las butacas, suspirando como un espectador más en las soluciones que iban tramando. Hoy los autores escriben teatro porque es bonito llamarse comediógrafos, aunque muchos de ellos confiesan que su teatro es distinto al teatro de cualquier otro. Como si el Teatro tuviese que expresar una vida distinta a la que se nos muestra ante los ojos, con expresiones cerebrales, dignas de los filósofos más difíciles. Hoy los autores no «hacen» teatro, sino que escriben un libro literario. Este afán de mezclar literatura en el teatro es loable cuando la obra sólo pretende ganar la voluntad de algunos entendidos, pero pasa a ser una crueldad refinada cuando se piensa que la programación de la misma obra puede ser servida al público en general.

En España, desengañémosnos, el gran público no está preparado para la obra de tesis, esta clase de obras cuya solución debe darla muchas veces el mismo espectador. En España gustan y seguirán gustando los grandes dramas y las grandes comedias. Los autores que hacían este teatro, y que siguen haciéndolo, son los que, a la postre, se comen el turrón. Y con esto no quiero insinuar, ni mucho menos, que esté conforme o proponga los caminos folletinescos de antaño; y no estoy conforme porque sería estimar en poco la literatura y el proceso de reforma que necesariamente debe operarse en las letras. Pero los buenos autores no tienen vida aquí. En una representación de «Un soñador para un pueblo», del incomparable Buero Vallejo, la tarde que asistí yo había solamente en el amplio anfiteatro una persona. ¡Y era una obra de categoría!

Decididamente los buenos autores deberían escribir, pero para otros países, cosa que sin duda están haciendo. Aquí deberíamos seguir con Muñoz Seca y Echegaray hasta que nos diésemos cuenta de que la vida ha cambiado en todo el mundo. Somos como una perla que está escondida eternamente en su concha de terciopelo. El aire fuerte daña nuestra utopía. Muñoz Seca sigue dando más dinero que cualquier obra de carácter intelectual.

Otro mal —siendo el mismo— es el error de «colocarnos» tanto drama morboso que no se aviene con nuestra idiosincrasia. El espectador está harto de tanto Tennese Wulliam y otros por el estilo, aunque no lo confiese, autores éstos que se valen la mayor parte del tiempo en presentarnos a la actriz en camisón y que en espera de que se lo quite nos mantiene en la silla, silenciosos y prudentes, por un si acaso... Un si acaso que es doble timo, ya que ni la obra nos convence ni la actriz se quita el camisón.

Cuando se estableció el mal traído «Teatro de Cámara», se representaban obras que por su calidad literaria y dificultoso montaje sólo podían representarse ante un público reducido. Hoy se ha querido establecer en España un «teatro de cámara» para todo el mundo. Y he ahí el fracaso. El público no está preparado para ello. No lo está ni en teatro ni en cine, pues las películas de calidad, salvo rarísimos casos, no llegan a gustar a la masa.

Llegado a este convencimiento, me preguntarán: ¿Prefiero, pues, que el teatro siga como estaba, con su tremendo melodrama, con su estruendo de risas? Decididamente, no. Pero señalo a los programadores como culpables de haber querido saltar de la primera página del Catón, donde se deletrean las vocales, a la última, donde se lee de corrido. Hemos tenido que saltar un barranco y nos hemos caído en él.

En cierta forma esta ansia de renovación la ha traído la juventud universitaria, creyendo, por ejemplo, que O'Neil es un joven, lo mismo que Pirandello, cuando cayeron, como Benavente, de puro viejos. Y no respetan a Benavente creyéndolo viejo, ni a Marquina, ni a tantos otros que cosecharon para la escena española tantos triunfos universales, poniendo todo su entusiasmo en autores extranjeros que en su país les ocurre lo mismo que les ocurre a los nuestros. Esta juventud ha asimilado ideas ajenas a nuestras expresiones literarias y, después de un largo silencio, nos las quieren imponer, sin colocar antes un puente conciliador para los que vivían y sufrían con el teatro de antes y no viven ni disfrutan con el de ahora, de pura filigrana.

Asimismo el teatro está muriendo por exceso de seriedad. Incluso los autores que se llaman cómicos son demasiado serios, como si algo les frenase. El teatro de hoy ni es para reir ni para llorar. Ha perdido personalidad.

Y los que quieren buscarle tres pies al gato no se dan cuenta que el mal del teatro no es un mal pasajero, sino grave. Y que la salvación debe encontrarse dentro de casa, como hacen los caracoles cuando presienten el peligro.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 1/1961.